LA NOVELA CORTA UNA BIBLIOTECA VIRTUAL

CARMEN BOULLOSA

Mejor desaparece

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Colección

Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

Coordinación y edición

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

Mejor desaparece
© Carmen Boullosa

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D.F.

Diseño de la colección: Patricia Luna
Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 3425312102914566753

Se permite descargar e imprimir esta obra sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

Explicación. 7

I. 9

II. 55

III. 71

IV. 97

A Pablo Boullosa y Magali Lara,
hermanos adorados de mi alma,

Y a Alicia Urreta, in memoriam

Mejor desaparece fue escrita en 1980 gracias a la beca otorgada por el Centro Mexicano de Escritores.

Explicación

Entró corriendo a la casa, ruidoso, alborotado, 7
a punto de estallar, y lo oímos y sentimos antes de que empezara a dar los gritos horrendos que todos conocimos tanto y que él jamás repetiría. Entró como un niño, salvaje, alterado, sin respetar lo que todos llamaríamos el sabio ritmo encerrado entre los muros, sin detenerse, como si la casa fuera un trecho más de su loca carrera, sin poder contener la excitación que le causaba traer consigo eso, y en cuanto empezó a gritar, a berrear, todos, todos corrimos a su presencia. ¿Qué gritaba? ¿Gritaba "vengan"?, ¿gritaba "se me cae si no se apuran"?, o "¿corran a ver lo que les traje?" No puedo recordar qué palabras dijo porque en aquella ocasión no pude escucharlas; opacadas por el vértigo que lo envolvía eran, más que palabras, cabras salvajes o garras feroces o pezuñas horrorizadas en una gran carrera. ¡Y el

tono!, ¡el tono en que las decía! Todavía ahora, después de tantos años, creo sentir el mismo tono en momentos terribles, cuando siento que, por un
8 berrinche, el universo parece dispuesto a venirse abajo. Aventaba las palabras con la insistencia de un vómito, como tiran sus ladridos los perros heridos, sus maullidos silenciosos los gatos que niños crueles ahogan en cubetas de agua hirviendo: "¡vengan!"… "¡tienen que verlo!". Algo así debió gritar, y revoloteamos alrededor de eso todos sus hijos, convertidos de súbito en mosquitas indecisas alrededor de él sin atrevemos a permanecer junto a eso para inspeccionarlo lo suficiente, sin saber que había llegado para quedarse a convivir con nosotros por un tiempo infinito. No nos atrevíamos a preguntar ¿qué es?, o ¿de qué está hecho?, y mientras papá resoplaba como un caballo agitado que jamás imaginamos en él, tampoco preguntábamos ¿qué te pasa?, por Dios papá, ¿qué te pasa?

Eso

Cualquiera en su sano juicio puede recoger eso 11
en la acera y tirarlo unos metros más adelante o antes de subirse al trolebús sin que el hecho tenga nada de desorbitado, o bien, en un caso más agudo, conservarlo, meterlo en una caja, guardarlo en un ropero y pensar "¡qué manía!", pero el caso de papá excede con mucho a estos descritos. Levantó eso, lo trajo a la casa, nos lo mostró a todos, y luego se desencadenó lo demás. Éramos demasiados y fuimos demasiado inocentes como para darnos cuenta de que en realidad la vergüenza estaba elaborada usándonos a todos como ingredientes y no apoyada únicamente en eso, por ello desempeñamos con suma corrección nuestro papel.

Recuerdo bastantes datos, anécdotas y ambientes previos a su aparición; la precisión de las imágenes que puedo revivir no sirve para nada,

ya no nos pertenecen. Tal fue el primer síntoma. No se sabe quién soltó al perro en el patio de atrás, pero quien lo hizo supo que acabaría con las palomas. Una quedó con vida, pero tan maltrecha que papá la mandó matar. Ni esa vez ni las otras nos dio la cara; fingía no tener conexión alguna con el cambio abrupto o con la aparición de eso. El día en que, fastidiada, intenté tirarlo, en que venciendo mi asco lo tomé entre dos pedazos de cartón rígido para sacarlo de la casa, papá se me acercó, me jaloneó de un brazo provocando que eso fuera a dar al piso y me arengó sobre otras cosas, sobre el desorden de mi cuarto, creo. Nada de que "es mío" o alguna frase que sugiriera la posesión que era estúpido querer ocultar.

A raíz de la aparición nos aislamos; evitamos a los parientes y a los amigos; nos presentábamos en la escuela únicamente los días en que había de pagarse la colegiatura, hasta que un día llegó a la casa un sobre dirigido a papá conteniendo una nota que le comunicaba nuestra expulsión. Bien, ya no tendríamos ante quién enrojecer, era mejor así porque la situación era difícil y lo sabíamos; nos molestaba; no tenía remedio; nos dejarían en paz.

La manía se hizo más persistente. Papá cambiaba eso de lugar continuamente para sorprendemos, de modo que ya no podíamos estar tranquilos en ningún rincón de la casa, seguros de su ausencia. Luego le dio por ponerle nombre y lo repetía lloriqueando por las noches, como parte de un estribillo que terminó por arrullarnos:

Susana, cosa pequeña,
por qué no serás mujer,
pesas, hiedes, me ahuyentas,
por qué no serás mujer.

Lo repetía en voz alta incontables veces. Dicen que mientras lo hacía, se llevaba eso a su cuarto para acunarlo, pero, al margen de que me

dé asco pensarlo, no lo creo así, ya que nunca vi que lo tocara —seguramente se valía de cartones, como lo hice yo, o de un recogedor para los continuos cambios de sitio— y, además, una noche en que lo oía lloriquear tuve la impresión de que tropecé con eso en mi baño. No me detuve a confirmarlo: prefería quedarme toda la noche sin lavarme los dientes antes que regresar o intentar llegar hasta el de mis hermanas.

Turista

Una tarde, como muchas otras, jugábamos con papá una partida de turista. El juego se había puesto interesante, yo estaba mirando absorta mi posición en el tablero, todos deseábamos el barco, Margarita contaba su dinero cuando papá dijo:

—Orquídea, corre a abrir la puerta.

—No sonó el timbre, papá.

Contestó con una mirada helada a la observación de Margarita. Orquídea corrió a abrir, procurando no pisar raya alguna al avanzar.

En el lugar de Orquídea se sentó una mujer. Estaba bien que alguien la supliera, pasaría tiempo en lo que cruzaba el jardín de ida y de regreso.

—Dalia, corre a la cocina por una jarra de agua en lo que explico las reglas del juego.

¡Maldición! ¿Por qué yo? Fui a la cocina por la jarra de agua y, cuando regresé, mi sitio estaba

ocupado por una niña y el de Margarita por otra que no era ella. Dejé la jarra de agua en la mesa. Papá explicaba con paciencia simulada cuál era el mecanismo del juego. Tengo la impresión de que llamaba con mi nombre a la que se había sentado en mi lugar, mientras que para dirigirse a las otras sólo usaba un "usted" o un "niña".

Margarita estaba sentada en un banquito en la esquina más oscura del cuarto sosteniendo con el pulgar y el índice de la mano derecha un cortauñas y me apresuré a acomodarme a su lado. Apenas cabíamos, pero estábamos calientitas. Margarita me dijo en voz muy baja:

—Mira qué me mandó traer.

Y señaló el cortauñas con un movimiento de cabeza. La partida se había reiniciado.

—Papá —dije acercándome a la mesa—, ¿y Orquídea?

Enfureció.

—¿No ves que en este preciso instante es mi turno? Eres de una impertinencia atroz.

Eso lo hemos sabido siempre, lo heredé de mi madre; no entiendo por qué lo sacó a relucir en el momento. La señora que estaba sentada a su lado le dijo en voz baja:

—Castígala.

Me encerraron en un cuarto atestado de trebejos y del cual escapé. A Margarita la veo todos los días, pero de la otra nunca más volvimos a tener noticia alguna.

Duda o reproche

18 Se preguntará el lector por qué no escapamos. Quizá en su pregunta se perciba un tono de reproche que podríamos traducir de la siguiente manera: "Por no hacerlo, se merecen la vida que llevan". En la actualidad salir de aquí es imposible, he aclarado que vivimos una única vida y no podemos pensar en una escisión, pero en otros tiempos tuvimos una posibilidad de escapar que no alcanzó el desenlace esperado.

Decidimos irnos de casa; a papá le bastaría su manía para no sentirse solo y, por otra parte, hacía ya meses que nos sentíamos estorbosos, sentimiento que no nacía en ninguna medida de nuestra ya para entonces tan alterada imaginación. Él sería más feliz si podía disponer de sí mismo y de su casa, nosotros viviríamos mejor, sin duda, sin tener que lidiar con lo que podríamos llamar, para resumir, gustos incompatibles.

La mayor de todos se le acercó para decírselo. Pensamos que nuestra petición lo sorprendería, pero sosegado sacó un papel de la cartera, se lo entregó a Margarita y se dio la media vuelta. 19
El papel decía:

> *Cualquier aclaración que se precise acerca de mi posición debe consultarse con mi abogado. La respuesta a su petición es* NO.

En el NO, escrito con enormes letras de imprenta, creí ver un poco de eso embarrado, pero tal vez lo haya imaginado.

Fuimos al abogado. En cuanto nos recibió en su oficina dijo "un momento" y llamó por el interfono a su secretaria. La enorme señorita entró y se sentó atrás de nosotros, frente al abogado. Éste dijo:

—Una, dos, tres.

Y él y ella se echaron a reír. Así estuvieron como diez minutos. Creíamos enloquecer entre

esos dos muros de burla cuando por fin callaron. El abogado dijo:

—¿Entendieron? Se ha terminado la sesión. Es la primera y la última. Hagan el favor de salir.

Así lo hicimos. Uno por uno cruzamos la puerta. Atrás los oíamos —al abogado y a su secretaria— conversar de otros asuntos.

Ha pasado mucho tiempo. Ahora romper es imposible. Incluso debo confesar que me he sorprendido deseando que eso se reproduzca, con el fin de poder adoptar un eso para mi uso exclusivo.

Pan

Nunca nos faltó qué llevarnos a la boca. A él le preocupaba en exceso que lo tuviéramos; nos decía, conmovido, con lágrimas en los ojos:

—Si son huérfanos de madre y sufren por ello, no podrán decir que su padre no les dio de comer bien.

Restregaba personalmente los platos para asegurarse de que comíamos en condiciones higiénicas; cubría la mesa con un forro antiséptico para que no nos intoxicaran los insectos, quemaba los manteles tras tres días de uso —lavado intermedio, entre puesta y puesta—; enjabonaba las manzanas antes de que nos las lleváramos a la boca; ordenaba que se hirvieran los cubiertos; que en un recipiente especial se esterilizaran los vasos y al pan lo remojaba en alcohol antes de ponerlo a la mesa. Ni qué decir que no era precisamente exquisito, y con

un sabor característico teníamos la obligación de comerlo en exceso.

Nos arengaba para que comiéramos:

—Huérfanos de madre, pero no es por mi culpa... y les cuido el pan que se llevan a la boca. No me preocupo por ustedes, porque cada día encuentro un método mejor para cuidar su salud y su crecimiento.

En realidad nos arengaba para que comiéramos con prisa; teníamos quince minutos para terminar con el inmenso platón que nos ponía enfrente, ya que necesitaba mucho tiempo para hacer las cosas que siempre hacía y que a nuestros ojos nunca tuvieron la menor importancia.

Es necia

—¡A la escuela!

La sirvienta no quiere darse cuenta de las nuevas costumbres y sigue haciendo los llamados a que está habituada.

—¡Orquídea! ¡Apúrate a peinarte!

¿Cuál Orquídea? Se fue hace tanto, tanto...

—¡Azucena! Pongo en tu mochila un cambio de calzones por si te llegas a hacer pipí.

¿Cuál pipí, si en dos o tres años más tendría edad para entrar a preparatoria?

Fingimos obedecer para no enfurecerla. Nos tomamos el desayuno que prepara a diario y en cuanto ordena salir rumbo a la escuela nos dispersamos como esporas en los lugares más recónditos de la casa. Pero estas esporas hace mucho que se pudrieron. Cada una de ellas trata de abrirse lugar en los húmedos rincones, en

los deformes espacios que hay entre el librero y el libro, entre la pared y la cómoda, entre la silla y el escritorio.

Burlas

Ahora le ha dado por las burlas. Le parecemos deformes, absurdas en contraste con eso que ha ido cobrando forma ante sus ojos. A los nuestros no, incluso ha perdido su apariencia original, ya casi desaparece de tanto ajetrearlo. ¡Pobre papá! Corrimos a las sirvientas para que no hubiera testigos; de cualquier modo, el escándalo ha traspasado las paredes de la casa. Han sido inútiles las precauciones que hemos extremado, papá no puede reprimir externar sus burlas o sus halagos y en su oficina los chismes y los chistes giran alrededor de eso y de nuestra supuesta deformidad.

La más pequeña de la casa —antes era pequeñísima, pequeñísima— languidece de tristeza. Así como papá se ha ido achicando por ese motivo, la pequeña se ha hecho algo grande y, tanta es su prisa, se ha apropiado de dos

naturalezas: la nuestra, que le es propia, y la de eso, la ajena.

Quiere ser amada por papá, peco de obvia
26 al decirlo, y por otra parte ningún conocimiento dulcifica su asqueroso cambio de forma y de olor que nos provoca tanta vergüenza.

En la calle

Hay otras razones por las que no nos gusta salir 27
a la calle. Nos dicen, por ejemplo:

—¿Acaso son ustedes las hijas del que ya olvidamos su nombre?

Pedimos explicaciones y nos las dan:

—Aquél de quien ya olvidamos su nombre es el que un día hurtó la cena de una fiesta para llevársela a su casa. Comió hasta el hartazgo mientras nosotros lo esperábamos atrás de las ventanas, ávidos de pan y de sueño. Pero cobramos venganza. Lo despojamos. Nos dejó sin fiesta en un principio, nos privó la risa de una noche, pero nosotros destruimos su casa y nos propusimos olvidar su nombre. Él se alejó para siempre de nuestra compañía y no nos importó, era el ermitaño porque lo habíamos invitado a serlo, pero no se conformó con ello y aparece en las veredas vestido de un tronco enmudecido, inhumano, y

contra él se avientan los caballos reventando los carros y sus vísceras.

Nos confunden. No somos hijas del que ol-
28 vidaron el nombre. Pero como nos conocemos culpables, estamos atadas a que nos hagan cualquier acusación y podemos ser aquello que a ellos les venga en gana.

Aclaración

Ya lo dije, pero lo recalco: mamá murió. No 29
puedo entender cómo ni cuándo, porque somos muchos a pesar de los desaparecidos, los muertos y los deformados. Por todos lados podrá usted encontrar a alguno con mi apellido y todos los que lo llevan, hasta la fecha, son hijos de mamá.

¿De qué murió? Nadie nos lo ha dicho. Sé que no en un parto. ¿De furia, al enterarse por coincidencia de lo que iba a ocurrirle a su camada? Dicen que tampoco. Lo que sé es que la naturaleza de su muerte es contagiosa porque nos ha arrebatado vida a todos y lo seguirá haciendo a través de los siglos. Para colmo eso; con su aparición, papá nos privó de la capacidad de disfrutar de lo poco que nos quedaba con cierto gusto.

Y el anónimo, el anónimo que llegó anoche:

No tienen, no han tenido nunca. Nacieron de una hoja; su cuerpo es un vestigio; son ruinas de un pasado que nunca fue presente ni futuro. Nada lo desmentirá nunca.

Algo de zoología

Todas las noches ponemos en puntos estratégicos veneno y trampas para las ratas y todas las mañanas sumergimos las trampas llenas de ratas en cubetas de agua y reemplazamos los alimentos impregnados de veneno para que otras los coman en el transcurso del día, métodos gracias a los cuales mueren muchas a diario, ya sea por asfixia o por deshidratación.

Esto no quiere decir que estemos por acabar con ellas, incluso cada día nos damos cuenta de que hay más, porque a pesar del tesón por eliminarlas, algo en esta casa las atrae. Destruyen los libros, los muebles... Margarita se lo ha dicho a papá cientos de veces, pero él contesta que es inevitable porque en toda la ciudad hay plaga de ratas.

Las cosas van mal; cada día tienen mayor atrevimiento, brincan encima de las camas, dan

a luz en nuestros roperos; la blusa que llevo puesta tiene un agujero en la espalda; suéter no traigo porque la lana les encanta y no me han dejado ni siquiera el puño de alguno o un trocito de estambre para recordar de qué color era. Tengo frío, podría taparme con el abrigo que me habían comprado para las fiestas, pero a papá le dio por acomodar eso sobre algo, no directamente en el piso, y eso reposa estos últimos días sobre la piel de mi abrigo. Puede que papá tenga razón en sentirse tan angustiado por la situación del mundo, si hasta en las mejores casas no se encuentra un sitio a salvo de las ratas.

El neceser

Las amigas de mamá nos encuentran en la calle. Al reconocernos, suspiran, al reconocer el neceser de mamá en mi mano, suspiran más hondo y nos dicen:

—Su mamá era una mujer extraordinaria. Lamentablemente no quedan de ella ni sus cenizas.

Las miramos con sorna; sabemos que se equivocan. No pedimos explicación y seguimos nuestro camino discutiendo entre nosotras qué es lo que nos queda de ella.

Dice una:

—Queda, pero desmembrada. Por eso no podemos rehacer nuestra vida.

Dice Magnolia:

—No es cierto. Lo único que queda de ella es su muerte, y con ella basta para sellarnos a todos. De este modo ella no desaparecerá hasta que todos hayamos muerto.

Yo las apresuro para que lleguemos a comprar las mandarinas. Algunas veces las dejo discutiendo y regreso con el neceser lleno de fruta.

Pintas

¿Quién pegaría esos letreros en las paredes de la casa? ¿Alguno de nosotros? No puedo creerlo. ¿Papá? Me parece absurdo; no creo que tuviera tiempo para hacerlo. *Adoremos la cruz, hacia arriba y a los lados*. ¿A quién podría interesarle decir eso? Era el colmo, así nos humillaban hasta un punto que nosotros no hubiéramos imaginado. Alguien, un malicioso, se burlaba de nosotros con pleno conocimiento de causa.

Los letreros decían cosas sin importancia y tan disímiles que parecían soltadas al azar. Recuerdo algunos; para nosotros era lo mismo que dijeran *culo domado* o *decencia y perseverancia*, porque cuando uno se ha acostumbrado a mirar las paredes de su casa en blanco o a lo sumo decoradas con un cuadro puesto en un lugar escogido y ve de pronto letreros y pintarrajeos en los muros, como si su casa fuera un terreno

baldío o la calle principal después del recorrido de una marcha de huelguistas, el contenido no altera en nada al afectado, así que ni siquiera nos preocupaba saber a qué aludían sus frases tan disímiles. Al principio, cuando lo único que había en las paredes era letreros, los arrancamos uno por uno, pero a la larga los que los hacían desecharon el papel y pintaron sus consignas en las paredes.

La casa pareció recibir en las consignas una orden. La Necia renunció, como si el potro se hubiera vuelto arisco, un cimarrón zafado de las riendas. Lloramos, le pedimos que no se fuera, era el único elemento de orden, tenía años viviendo con nosotros, nos era indispensable. Pero papá, de nuevo, hizo de las suyas; la Necia se fue.

La casa se desplomó, se convirtió en un basurero, en una acumulación de mierda; era ya tan diferente a lo que había sido, que más de una vez llegué a perderme.

A pesar de que éramos reacios a la entrada de extraños a la casa, se vieron, con mayor o menor asiduidad, rostros desconocidos. Llegaban un martes, por ejemplo; entraban sin que nos diéramos cuenta; a veces se iban al rato, otras veces ya no volvían a salir. Papá les daba carta blanca, les compraba regalos cuando por casualidad entraba a alguna tienda y en Navidad le dio a cada uno de ellos una caja distinta, mientras que olvidó comprar cualquier cosa para alguno de nosotros. ¿Cuántos eran? Quién sabe.

¿Quiénes eran? Quién sabe. ¿Serían los de las pintas? ¿Traerían ellos la basura como una ráfaga? Papá me ordenó mudarme de cuarto para cederles el mío. A todas las mujeres nos apilaron en el más lejano y más oscuro y aunque procuramos hacer guardia para que no entrara en él ninguna persona que no conociéramos, las paredes también estaban llenas de consignas. Además de que éramos muchas y de que las paredes pintarrajeadas nos restaban espacio, alguien decidió

que en nuestro cuarto se guardarían los útiles de aseo, la aspiradora, las escobas, los plumeros... Los encerraron en nuestro armario y les pusieron candados. No podríamos hacer uso de ellos.

¿A quién reclamarle? No era justo. La casa era inmensa y de cualquier modo hay un clóset especial para guardar esos implementos. Aunque necesiten ellos más espacio, ése no puede servirles de gran cosa.

Pero papá contestó así a nuestras quejas:

—Se quejan. El armario está vacío. Ustedes no tienen qué guardar en él, ¿o a poco les dejaron algo las ratas? Con el tiempo ustedes se vuelven más tramposas, más ladinas. Sé que se quejan con el único objeto de que *yo* gaste mi dinero en comprarles ropa.

Dio la media vuelta y se alejó por el pasillo diciendo:

—No les daré nada. No les daré nada. No les daré nada.

Falsos guardas

Papá no es suficiente para la casa. Engañé a un hombre en la calle y lo traje para que nos ayudara; puso como única condición que tras él no entrara otro. Tampoco se dio abasto, le pedí que se fuera, y, no muy a su gusto, lo hizo. Traje otro; al poco tiempo le pedí que se fuera. Traje otro, luego otro... Con todos pasó lo mismo. A veces me pregunto si esto no se habrá convertido en un vicio. Me dicen que no debiera traerlos sino irme con ellos. Pero entonces, ¿quién ayudaría a guardar el secreto? ¿Sobre quién pesaría la vergüenza?

Tanto ir y venir tiene mayor relación con lo último que menciono que con la eficacia. Quizá el primer hombre que traje bastaba, o el segundo, o cualquiera de los que elegía. El problema es que se convierten en falsos guardas, no conocen el respeto y pretenden transformar la situación.

Papá nunca permitiría que usurparan su papel; no seré yo quien siembre la cizaña en mi familia.

La cita

En este caso el abogado era el citador; nos vería en su oficina el día dos a las cinco y media de la tarde. Llegamos puntuales, limpios hasta donde era posible, acicalados como animales valiéndonos de lo que podíamos para evitar la mugre que nos rodeaba en la casa.

El abogado nos hizo esperar veinte minutos, después de los cuales salió al recibidor y, sin preámbulo alguno, nos leyó una larga carta. Al terminar la lectura, nos pidió a todos la firma. Deliberamos; resolvimos firmar; nada era un ataque pertinente. Quedábamos maniatados, sólo podíamos atenernos a las consecuencias de decisiones tomadas por otro.

Mientras mis hermanos prolongaban inútilmente la discusión al respecto, yo logré memorizar, leyéndolos varias veces, algunos pasajes de la carta aludida. No tenía firma y estaba escrita

a máquina, pero el autor indudable era papá, sumido cada día más en la agitación y el desconcierto. Decía así:

La carta de papá

Así son las cosas. Declaro por lo tanto que mis hijos legítimos no lo serán tanto, y más aún, que ya no lo serán en absoluto. Se atendrán a la vergüenza de llevar mi apellido sin que yo los considere como hijos; me avergonzaré de ellos; procuraré destruirlos pero no tanto como para que se me pueda acusar de querer hacerlo. No tanto.

Si oyen silbar por las noches cerca de su cuarto, soy yo, tengan cuidado. No les haré daño, pero noche a noche los derrumbaré, uno por uno. ¿Han visto a la pequeña? ¿No han notado la mentira y el odio acumulado que le he pedido? ¿Y a la desaparecida, no la han visto caminando idiota por las calles? No tanto, no tanto. Tengo hacia ustedes las mejores intenciones, no hay contra mí queja posible. Casi. Si no les gusta la pequeña, a mí sí, incluso me gusta más que ustedes.

Aquel que se atreva a mencionar su anterior condición de legitimidad en presencia mía, o de modo que yo me entere, perderá toda posi-

bilidad de acercamiento y estará en peligro de perder el apellido, lo único que les queda. No tanto, pero casi. Lo mismo para aquel que diga que es hijo ilegítimo.

Por último, obligo a los que escuchan esta carta a que la olviden sin dejar de tomarla en cuenta. Porque yo no he hecho nada que me traicione (no tanto, pero casi) y tengo el corazón limpio y la conciencia clara y el culo de una clavado en el corazón.

Retrato de familia

Hay una liga que, por un pudor malsano que no beneficia a nadie, no me he atrevido a relatar. Si hubiera tenido el atrevimiento de denunciarlo a tiempo...

De hecho ahora, aunque hayan pasado tantos años, aunque haya podido despojarme y forzar la cerradura, decirlo no me parece lúcido, enteramente limpio, porque, entre otras cosas, ¿quién puede asegurarme que no sea sólo producto de mi imaginación? Se pueden interpretar en más de un modo los indicios e incluso hay algunos que pueden no considerarse como tales. Tengo además otro prurito, otro temor manifiesto.

Sin embargo, la liga no es malsana en sí, y media tal distancia entre los dos elementos que la conforman que no implica una contaminación, sino una reafirmación de la unicidad de ambos.

Única es la muerte, es inconfundible la ignominia. Éramos huérfanos, estado que un equilibrio inhóspito no toleró y suplió con el que por estas páginas se ha descrito. El retrato de la familia sólo puede tomarse entre estos dos pilares porque fuera del marco que le proporcionan

desaparece

La chamaquita

Papá llegó a la casa con una chamaquita morena de ojos vivos y nos reunió a todos para presentárnosla. De ahí en adelante ella se encargaría de cuidar la casa y estaba prohibido que cualquiera se inmiscuyera en su labor.

Cuando alguno de nosotros abre el refrigerador, ella dice:

—Si quieres algo, pídelo.

Cuando queremos ver a papá, decirle alguna cosa, preguntarle algo y alguno de nuestros movimientos lo delata —siempre ocurre, nadie nos entrenó para ser sigilosos—, la chamaquita se adelanta a alejarnos y dice:

—No molestes.

Cuando lava la ropa la muchacha encargada de hacerlo, se para a su lado para revisar que no lave prendas nuestras:

—No tienes tiempo. Ándale, lava lo que urge.

Cuando oye que lavamos en nuestro baño la ropa —tenemos prohibido hacerlo en el fregadero— corre a regañarnos:

—Cierra esa llave. Tienes la manía de tirar el agua.

En cambio trata como príncipes a los extraños que han invadido la casa. En este capítulo de su trabajo no le va tan bien, tiene una idea bastante peculiar de cómo se trata a los príncipes. Por ejemplo, da instrucciones de cómo poner la mesa cuando hay invitados a comer: pide que encimen un mantel sobre otro u otros, todos de distintas telas y colores, tamaños y formas; cuida que los platos no sean todos de la misma vajilla... Nosotros vemos sus preparativos con lástima, no tanto por ella como por papá que parece no darse cuenta de lo ridículo de su asalariada y protegida. (¿O los ridículos somos nosotros con nuestros sueños de manteles limpios, de cubiertos pulidos, de copas brillando como el mar sobre la arena?...)

Hay una tercera actividad de la chamaquita que, estoy segura, corre por cuenta propia: mentir. Nos vigila y si reímos mientras comemos las sobras —ya no comemos pan con alcohol, papá se olvidó por fortuna de ese fastidio, ahora alguien nos junta esos puñitos de comida— ella corre a decirle a papá que lo hicimos para ofenderla a ella, como si nos importara hacerlo, si no es nada para nosotros y aunque nos odia no tenemos nada que ver con ella.

Error de táctica

50 Lo menospreciamos. Nunca imaginamos que llegaría a hacer del terreno motivo de contienda y que llegaría a tener para sí todos los más lícitos derechos.

Ahora era dueño, gracias a artimañas y trucos, de aquello que había sido nuestro mundo. Ya no podríamos tramar nuestros juegos en el jardín o escondernos entre la yerba del terreno baldío o recoger los tomates que habíamos sembrado. En el jardín, los piracantos, el hule y los heliotropos habían desaparecido. Una pequeña voluntad había bastado para hacerlo. Una voluntad imperceptible que se había clavado como cuña en la tierra marcándola, dejándola estéril e iracunda. Si salíamos a jugar, la sombra del hule nos perseguía las espaldas: no nos sentíamos solos; algo nos vigilaba estrechamente. Tímidos, hacíamos desaparecer en nuestra indecisión al doctor, al detective, a la mamá, al mago, al hombre murciélago. En el terreno lindante ocurría lo mismo. Los yerbajos nos miraban con odio, las ratas murmuraban a nuestro paso, los grillos se escondían, 51
las margaritas eran pequeños puños podridos en medio de la ríspida humedad y podría asegurar que las piedras hasta entonces suaves rehuían el contacto de nuestros pasos.

Dar la vuelta

52 Una tarde, Margarita y yo salimos a andar en nuestros patines de ruedas. No era la mejor hora para hacerlo, el sol no tardaría en ocultarse, pero habíamos adquirido la sensación de que a esa hora pasábamos casi inadvertidas, éramos menos perseguidas por la calle.

Margarita avanzaba delante de mí. El rodar metálico de los patines era lo único que se escuchaba. La banqueta era estrecha y, aunque muy rara vez pasaban automóviles, no solíamos bajarnos de ella. De pronto, en el tramo más inclinado, en el que solíamos bajar con mayor velocidad, Margarita se detuvo. Al llegar ahí, hice lo mismo: sobre la banqueta había pequeños montículos de cemento ya casi seco y grava. Nos quitamos los patines. En nuestro terreno baldío, había material de construcción amontonado en lo que antes fue tierra, yerba, animales y flores y ahora era una mancha negra, tensa, el desecho del fuego que habían prendido, cómplices del viento, para terminar con todo.

II

El caballero

Esa fue la primera vida que nos correspondió. Me acuerdo tan bien de ella que aún imagino escuchar el sonido que acompañó el movimiento con el que papá nos encerró, decidido a cultivarnos a todos a la vez y en un solo sitio, tan cerca los unos de los otros que nos fuera imposible mirarnos entre nosotros a los ojos. Dio vuelta a la llave y nos encerró en aquel estercolero, lo único que él podía construir para sobrevivir a la muerte de mamá. Pensaba: "Murió su mamá, pero nunca se quedarán sin padre".

No hace falta decir cuánto le estorbábamos para armar la escenografía que quería habitar, la construcción que quería hacer con eso, los extraños y la muchachita, pero nos sujetaba por escrúpulos morales. No era su intención alimentar a las ratas con nuestra ropa y nuestros libros, ni tampoco ocupar parte del tiempo a la muchachi-

ta en vigilarnos, estábamos ahí. Estábamos ahí, pasaban esas cosas, como accidentes.

Todo pudo continuar así, sin interrupción, de no ser por la aparición de El Caballero. La máquina estaba armada, la destrucción no tenía fin, éramos tenaces e indestructibles, el armatoste podía continuar sus movimientos sin que lo estorbáramos; porque oponíamos la resistencia necesaria, siempre había masa para empujar:

La cara

Lo hizo el aire del atardecer. Dos, tres toques, como cincel en roca pero suavemente, imagino que como si hubiera dado un beso. Después miré al espejo y vi que ahí había brotado un rostro. Los sedimentos del odio habían sido removidos por un instante. No me lo perdonarían.

El primero que lo advirtió al revisarme de reojo fue El Escrupuloso Caballero. Ordenó que me llamaran al cuarto de mujeres para hablar conmigo. La intención era doble porque también deseaba sustraerme de los otros, ya que no quería que percibieran el cambio, porque a quien ve de más le es imposible retirarse a la inocencia. Me mandaba al cuarto por el mismo motivo por el que había financiado el desplegado en varios matutinos que se oponía a la publicación de lo que ellos llamaban imágenes groseras, expresamente de desnudos y de actos violentos.

Fui al cuarto. Antes de entrar El Caballero, una mujer, especie de heraldo, como las ayudantes que preparan a las pacientes para la revisión ginecológica, me pidió que me desprendiera de mi ropa y me pusiera una bata blanca, lisa, suave, y me indicó cómo acomodarme para la entrada de El Caballero. Tomé la posición y pude verlo cuando entró al cuarto.

—Dalia —dijo— ésta no es manera de hacernos tus absurdas insinuaciones. No es manera. Te doy dos minutos para que te quites la basura de la cara y pidas una disculpa.

¡La basura de la cara!... ¿Cómo me la iba a quitar?

—Caballero, discúlpeme, yo no me la puse, no sé cómo apareció ahí, así que no me la puedo quitar. No sabría hacer lo que usted pide.

No pude ver su reacción por la absurda posición que me habían ordenado conservar.

—Has dicho no, Dalia, y no tengo tiempo para hacer que te avergüences de tu capricho.

Con la última palabra sentí la mascarilla que alguien me colocaba desde mi espalda. Luego, la nada.

Con la ayuda de un médico me condenaron de nuevo a la situación absurda.

A la prensa

62 Había que poner todo en orden. La familia había vuelto a la luz y no debía quedar nada oscuro que diera lugar a mentiras o difamaciones. Por tal motivo, para aclarar uno de los puntos más inquietantes, se extendió el siguiente:

Boletín de prensa

La familia C. anuncia con dolor la muerte de uno de sus miembros, Orquídea, ocurrida en un trágico accidente el pasado mes de abril. Lo pasado pasó y ella no se encuentra ya entre nosotros. Por tal motivo, la familia comunica el siguiente mensaje a la nación:

cuide usted su nuca.

La noticia dio lugar a lo que se quería evitar: la difamación. En un periódico de la tarde, apareció la siguiente noticia:

63

Se rumora que Orquídea C., a quien su familia daba por muerta, vive en las condiciones más desastrosas y cubierta a la vez por cuatro faldas. Esto no es desconocido por la familia, pero sí una vergüenza que se quiere ocultar.

Al día siguiente, apareció una inserción en los avisos clasificados:

A pesar suyo, no me matarán nunca.
O. C.

La inserción causó la furia de El Caballero. Nos citó a todas en el garaje de la casa, nos hizo subir una por una a la camioneta y llamó a un

aparte al chofer. Armando nos condujo en silencio hasta una casa del centro de la ciudad. Allí habló en voz baja con la mujer que le abrió la puerta y nos hizo entrar tras él. Cruzamos varios cuartos polvosos y oscuros hasta llegar a uno mucho más pequeño y abandonado que los demás. En él había un nicho

Orquídea es una figura de cera, el buche de una..., las vísceras de un toro, no te matarán nunca, no...

Declaración de guerra

Sin pasado: ¿en qué momento?... Que nosotras empezamos la lucha y que él sólo contestó a nuestra declaración de guerra. Miente; fue más oscuro su llamado, pero más irreversible. Dijo "es más hermosa que ustedes la chamaquita" y ante esa sublime mentira no había más que una sola respuesta. Lo dijo, todos sus actos querían atacarnos. Atacar, atacar; tardamos en apostar las resistencias en los puntos clave porque primero optamos por ser razonables y hablar con él, argumentar. A tal acto él lo llamó declaración de guerra.

"No se dan a amar". Basta. ¿Que ella es más hermosa que nosotros? Cualquiera puede confirmar lo contrario, papá. En la calle se detienen a vernos: "¡Qué lindas niñas!". En nuestros cuerpos de mar claro, en nuestros cabellos hechos de sol y de fuego, puede ser que transites

incómodo, atraído como estás por ese rostro opaco, indescifrable y sin brillo del nácar pardo. Las señoras murmuran enojadas, los hombres te retiran la mirada y tú atacas. Quemas actas de nacimiento, suprimes nombres de los gastos que te ahorrarían impuestos y te repites mientras te rasuras, frente al espejo: "¡No saben darse a amar!".

Así fue como nos quedamos sin pasado.

Cuello de viudo

Oí ruidos en la pared del fondo del cuarto. Era tarde, tan noche que ya casi sería la madrugada. Yo tenía meses sin poder dormir bien, dando de vueltas entre las sábanas rotas, soñando despierta con atrocidades que en contraste con la basura cotidiana eran dulces porque me distraían de la realidad. Los días se reducían a la nada entre noche y noche pasadas en el esfuerzo inútil de tratar de conciliar el sueño, prendida a aquellas imágenes catastróficas en las que nunca podía prever el final.

Oí ruidos. Me sobresalté, luego me di cuenta de que tenían algo de armónico, algo que los eslabonaba uno con uno. Dejé el astroso colchón y pegué la oreja a la pared para tratar de identificar su procedencia. Ahí, en la oscuridad, casi desnuda, pegada la cara a la pared y el cuerpo al piso, me sumergí en un estado que

hasta el momento no podría calificar. El tamborileo provocó la imagen más absurda:

Un hombre caminaba a mi lado. Su lentitud me obligaba a disminuir la marcha. No sé por qué motivo dirigí hacia él la mirada: una mano de mujer estaba detenida a su cuello. En la mano había un anillo, una alianza, y las uñas estaban cuidadosamente limadas y pintadas con un barniz pálido. Sin soltarlo, la mano habló:

"Un hombre caminaba a mi lado —dijo—, su lentitud me obligaba a disminuir la velocidad de la marcha. No sé por qué motivo, dirigí hacia él la mirada. Después, los preceptos y la vida me ataron a él. Morí. Decidí que también ese hecho —tan poco afortunado como los anteriores— me ataría al hombre que por un movimiento de cabeza había elegido. Él no era nada; por ese motivo, yo tenía derecho a la venganza. Mi muerte sería una soga a su cuello que él nunca percibiría. Incluso pretendería hacer elecciones, poseer manías y caprichos.

De hecho, su poca consistencia elegía lo único que podría acompañarlo".

En este punto, las risas de mis hermanas interrumpieron mi ensoñación.

—Conque loca, ¿eh? —gritaba Azucena—, conque ahora ésta resultó loca...

Las demás se reían señalándome absurda sin saber que por fin había yo comprendido todo.

III

Nosotras

Se veía limpísima, entera... yo me atrevería a decir que hermosa sentada frente a su instrumento. Enmudecimos. No hacía tanto tiempo de que la habíamos visto revuelta entre nosotros, confundida en la recámara, en el desorden y el ruido. Enmudecimos de admiración.

En cuanto se produjo ese silencio estupefacto en la sala, aquélla puso las manos sobre las cuerdas y pasó lo más imprevisible: el orden, la coherencia, la belleza sin lugar a dudas. Lo que nunca había estado ante nosotros, y menos aún entre nosotros, ahora arañaba nuestras caras sorprendidas: entre nosotros, ante nosotros y para nosotros. ¡Azucena! ¿Pero en qué momento ocurrió? Vamos a ver, ¿qué opinaba El Caballero? En la sala se veía orgullosísimo, con un orgullo que no lo era exactamente porque no miraba el resultado de su creación sino de

la creación de otro que por coincidencia era de su agrado. Su orgullo nos enfurecía. ¡No era para él esa música! ¿O sí, Azucena, también era para él? ¿Lo olvidaste todo?

¿Oiría El Caballero? No sé si sólo lo hacía feliz el hecho de que a todos parecía agradarles el acto, porque, porque, porque tanto luchar para dejarnos sin rostro y luego no enojarse ante, ante, ante. Bien. Pero no nos sentíamos confusos y mientras oíamos no pensábamos en falsas cosas ni en El Caballero. El odio pesaba menos sobre todos, y, para qué negarlo, éramos mucho menos nosotros mismos y más ese ir y venir que Azucena nos ordenaba.

Papá estaba ahí, transformado en un hombre irreprochable, dignamente sentado en su butaca, al lado de la somnolienta muchachita, la única sorda de todo el auditorio, porque a ella nunca nada la afectaba, ni el bien, ni el mal, ni lo regular le prestaban la menor atención. Podía ocurrir lo que fuera porque al lado de ella todo era *lomismo*.

Se veía magnífica. Nos llevaba a un terreno divino en el que había tesoros, pero no motivos de contienda. Lo mismo me ocurre a mí a solas cuando arreglo la cocina. Me gusta pasar el agua por los platos, los cubiertos, las ollas, embadurnar todo de jabón; pasar la esponja por la mesa... Pero cuando El Caballero me sorprende en mi casa haciendo esto, me dice solemne —en lugar de entrar al paraíso en que me encuentro—: "Deberían pagar una sirvienta". No sé por qué le permito la entrada a la casa; ha pasado tiempo pero todo parece próximo siempre, excepto cuando limpio mi cocina, todos los días a las tres de la tarde. No oigo ni siquiera a mis hijos, ni a mi marido que me pide que me apresure. Nadie se acerca a contemplar mi actividad para embelesarse, pero en lo que consigo estar cerca de Fucsia, la actriz, y no tan lejana de Azucena.

Papá y El Caballero enfurecen con su oficio. ¡Actriz! Ya no la mencionan desde que apareció

desnuda en un teatro. Yo sí, fui a verla y debo decirles que, aunque se haya quitado el apellido de papá y no se lo perdone, era hermosísima. Mi marido me dio un codazo y me dijo al oído que deberíamos salirnos, pero yo me resistí, le pedí que nos quedáramos y accedió, extrañado de que yo hubiera opinado algo. Era hermosa y lo notaba todo el público. Habían ido exclusivamente a verla y a mí me parecía muy bien, porque de seguro todos olvidaban ahí el odio, la mugre, las rencillas. Era para muchos lo que Azucena era para unos pocos. A mi parecer, Azucena, yo y Fucsia somos lo mismo, las tres a nuestra manera y con nuestros alcances, porque las tres estamos desnudas a ratos a pesar de la pudicia abrumadora con la que trató de arruinarnos El Caballero.

Yo

Una de nosotros es una figurilla de cera, otra es ejecutante, otra actriz, otra ama de casa. Voy a hablarles de mí. Dicen, más lo dicen algunos, menos otros, que fui incapaz de hacerme un rostro. A Dalia le arrancó el suyo un médico dirigido por El Caballero y desde entonces está sentada tras una mesa recibiendo a las personas que entran por cierta galería. No molesta a nadie. El Caballero le regaló un coche, viste con pulcritud y parece no estar avergonzada con nada. Estudió y hace una larguísima tesis que le ha impedido recibirse. No es motivo de orgullo, tampoco es algo de lo que se puedan arrepentir.

De mí, lo digo mucho porque no me agrada, sí se avergüenzan. Me preguntan: "¿pero qué, a ti no te da pena?". No me da ninguna. "¿Pero lo soportas?" Me gusta. Y se ríen, después se escandalizan y luego se van. Comentan que es increíble que me

haya yo desperdiciado de esa manera, que no sea nadie si tuve muchas oportunidades para serlo. Y luego dicen: “se quedó en su triste mundo de niña”.

Voy a explicar por qué motivo no trabajo, no estudio ni parece importarme nada. Estoy ocupada en una actividad que me retrae y me quita todas las energías. He llegado a perfeccionarla a un punto que muchos no creerían posible. ¿Qué hago mañana, tarde y —sobre todo— noche? Me huelo. Huelo a qué huelo. Por eso la cama, la mugre, las carreras que doy por el parque o los reposos prolongados. ¿Ustedes creen que no es nada? He detectado una gama insospechadamente extensa de matices en el olor de mi piel. Sé olerme.

Y me gusta. Soy entre todas la de más clara identidad, porque Azucena pulcramente ejecuta la música de otros, Fucsia recita con mesura parlamentos que no tienen nada que ver con su vida, el ama de casa cuida las vidas de los que la rodean. Les he confesado mi secreto, ¿ahora les gusto, como a mí misma?

Entrevista

80 Salió retratado con dos niñas en la portada de la revista. Pie de foto: *El señor Ciarrosa con sus hermosas hijas*. En el cuerpo de la entrevista se podía leer declaraciones como éstas: "Amo la vida de familia"; "nada hay tan reconfortante como saber que mis hijas me esperan en un cálido hogar", etcétera. Ninguna mención a nosotras, ni siquiera una alusión a nuestra existencia. "Trece para ti, trece para ti, trece para ti". ¿Había terminado todo? No podemos, no podemos vivir sin el pasado. No tenemos explicación si no es por él, sólo a él, a él nos parecemos.

Te has ido para siempre... (La huella tiene proporciones extrañas: en la parte anterior es diminuta y en la posterior enorme. No parece pertenecer a un pie capaz de sostener algún cuerpo. Parecería de una especie extinta —y hasta hoy desconocida—, de no ser por advertirse que fue dejada aquí hace poco tiempo...). Pero la huella está viva, respira, palpita, se pregunta por qué no regresan sobre ella nunca; habla: "no te vayas de aquí para siempre". 81

—¿Siente usted que haya algo que quisiera no haber vivido en su vida?

—Nada. Todo nos sirve para alcanzar nuestro objeto y nuestro lugar en la sociedad, incluso aquello de lo que un día nos avergonzamos, porque sí, hay un episodio de mi vida que oculté por mucho tiempo y que me produjo una enorme vergüenza. Siendo yo niño, llegué a sentir una atracción enorme por una pequeña figura de porcelana que había en casa de mi abuela. Una tarde, no pude resistir la tentación y la tomé con la firme decisión de llevármela a casa. Así lo hice. Guardo aún la figurilla como muestra de la debilidad que todos debemos vencer para hacer algo digno con nuestras vidas y como vívida llaga de lo que la debilidad puede hacernos sufrir si cedemos a su fuerza, ya que veo la figurilla y

recuerdo con precisión los remordimientos que me quitaron por meses la paz y el sueño, hasta que tuve el valor moral de decírselo a mi abuela.

82 Otro pasaje de la entrevista:

—Se dice que usted contrajo un primer matrimonio y que enviudó...

—Sí, eso se dice, y es cierto. No me gusta recordarlo. Yo era muy joven, por lo que todo aparece en mi memoria como un efímero e intenso amor de juventud. Ahora estoy casado y me siento muy satisfecho de la vida que llevo.

¿Y nosotros, papá, y nosotros? Nos hemos quedado arrumbados en las páginas viejas de un olvidado álbum de familia.

De una libreta

Extraje esto de una libreta que encontré en una de las cajas después de la mudanza. Conjeturo que era una libreta de Magnolia: 83

Somos nosotros los muertos
—los abandonados,
los dejados solos—,
no ustedes,
no ustedes que sin reproche nos miran,
ya adultos, ya lo que seamos;
nos miran siempre como fuimos.

Porque ustedes son lo que siempre han sido
y nosotros nos hemos ido quedando atrás...

Somos nosotros y no ustedes
los que a cada día tenemos menor el esqueleto

y más vacía la boca
y un susto amargo
porque se nos han ido agotando los gustos.

Un deseo

Que se muera. Que se muera.

¿Para qué? Ella no tiene mano para sujetar el cuello, ni tendrá fuerzas. Llegó a la casa, del brazo de papá. Claro que sí tiene esposa, ahora que lo vi, lo creo: una muchacha insignificante, ni muy fea ni nada bonita, de edad indefinida. Papá entró antes que ella a la casa, como si no quisiera mostrarla o como si llevaran casados largos años. Puede ser que sí. ¿Hacía cuánto que no lo veía? Es un hombre joven, inteligente, pulcramente vestido, educado y culto. ¿Papá? ¿Eres tú? ¿Entonces nosotros a quién nos parecemos? ¿De dónde sacamos las facciones?

—Te ves muy bien.

—Es muy linda tu casa.

Quiso halagarme. Papá, ¿no te das cuenta de que soy un monstruo?

—Muy sobrios los reportajes que publicas.

¿Que se muera? Sé que no es por ella por quien padecemos la enfermedad del odio, que no es por ella que nos hemos quedado sin casa para siempre, no puedo desearle nada porque no existe, no es nadie, no tendría mano para sujetar a papá. No es nada. ¿Quién ha terminado con nosotros?

Insiste

Acacia insiste:

—Quiero que se muera.

El cielo está totalmente blanco, totalmente, incluso brilla, y en el aire no hay aire y no hay momento de silencio. Si pudiera estirar las piernas...

—Ojalá se muera.

—¿Para qué?

—Para que se le quite a papá.

—De todos modos no se va a acordar de nosotras.

—Puede ser...

—Además, ¿tú crees que de veras está casado con alguien?

—Pues sí, ¿si no, de dónde sacó esas hijas?

—A lo mejor tampoco vivió mamá.

—No seas payasa, yo me acuerdo muy bien de ella. Tú estabas muy chiquita cuando murió, pero yo sí me acuerdo.

—¿A qué hora llegaremos? Llevamos quince minutos en la misma cuadra. Seguro se descompuso el semáforo. Si siquiera apagaran los motores...

—Anoche me encontré a Bati a la salida del concierto. Estaba con una pareja de señores y su niña. Me presentó, que yo era la hija de mamá y papá. Y los señores me miraron como si se hubieran encontrado a un espectro y no dijeron una sola palabra. "Es cierto. La ven muy grandota, pero es cierto". De pronto empecé a despedir un olor fortísimo, un olor inocultable y Bati me miró fijamente pero no se atrevió a decir nada y los otros me miraban también fijamente y evidentemente asustados. La niña bajó los ojos y yo dije: tengo que irme, tengo que irme; y me fui, también asustada.

—No te digo, si ella se muriera...

Llamada

Marqué el número de teléfono.

—¿Papá?

—Sí, dime.

—Habla Acacia. Te llamaba...

—¿Con quién quiere usted hablar?

La voz iba cambiando de tono hasta darse a sí misma un acento extranjero:

—¿La oficina del señor Ciarrosa? —pregunté.

—No hay señor Ciarrosa aquí, aquí no vive ningún Ciarrosa.

Colgué el teléfono. ¡Papá! No me basta con trece para mí.

De a trece

"Trece para ti; trece para ti; trece para ti". Absoluta justicia.

—Papá... Yo quisiera el naranjo.

Absoluta justicia. El naranjo no se hereda; está ahí; nadie lo puede arrancar del jardín.

—Entonces las naranjas.

Ésas se pudren. Caen al piso y nadie las recoge. Así es. ¿Quién las va a querer si se caen por sí solas y nadie las levanta?

—Basta con trece para ti. Estoy actuando con justicia.

Entonces nos separamos de él. Cada quien se fue a su casa y durante la semana estuvimos pensando: "trece para ti".

El sábado llegó por correo un sobre y supuse que habría uno para cada uno de nosotros y que todos contendrían lo mismo:

"Trece para ti y a cambio te eliminamos de la lista".

—Pero hay una noticia que suavizará su pena.

El señor guardó silencio.

—Debo dársela. Voy a leer el parte médico: "Además de presentar las contusiones producidas por la caída, y el descerebramiento que causó su muerte, observamos en el cuerpo...

Interrumpió aquí la lectura y reconstruyó con sus propias palabras la noche del suicidio:

—Su dinero o la vida.

—No traigo cartera.

—Tu dinero, no te hagas pendeja.

—No traigo, revíseme. Sólo cargo una foto, mire, muestra sentadas a una señora que no es mi mamá y a una niña que no soy yo. Es todo lo que tengo".

—No señor Ciarrosa, desgraciadamente lo que ocurrió no fue solamente un robo.

"¡Pero era una niña!"

Fue contra su voluntad.

—¡Ah! —dijo ya tranquilo el señor Ciarrosa—, ¿podemos entonces, en lugar de tramitar el certificado de suicidio, eliminar del libro el acta de nacimiento?

—Es lo que pensábamos sugerirle.

La fiesta

94 Balanceaba los pies. No me importaba tanto estar ahí porque llevaba puesto el vestido de fiesta, almidonado y blanco, y cuidé de acomodármelo para que no se arrugara su caída. Llegó el primero a buscar hielo al refrigerador, riéndose todavía. Allá todos reían. La sala debía estar preciosa llena de ellos; había ayudado a acomodar las flores y a encerar los muebles antes de cambiarme de ropa para la fiesta.

"Pongan a la niña en el refrigerador". Así que cuando el primer torpe llegó a la cocina, yo le dije: "hay hielo en la hielera; no necesita sacarlo de aquí", pero no me escuchó y subí los pies para que no me lastimara al abrir la puerta. Cuando ya se iba —no se reía más— me dijo "linda niña" y se fue.

Los oía contentos. ¿Por qué no estaba yo con ellos? Había ayudado a sacudir también, y merecía estar entre ellos.

Se asomó el segundo. No venía riéndose, pero 95
empezó a hacerlo en cuanto me vio: "linda, linda niña". ¿Pero qué hago yo aquí? Regresó a la sala y lo oí comentar: "es muy linda la niña" y después reírse. Todos se rieron con él. Algo me había manchado el calcetín, como una gota de engrudo, como no sé qué porque olía a yerba.

IV

La fiesta

No, no, no, no. Dirán lo que quieran (que ya crecieron, que ya no viven bajo el mismo techo, que la historia ya no tiene para ellos sentido alguno) pero no podrán engañarme; están como en la primera escena, parados ante eso sin poder explicárselo, asustados, aterrados, destruyéndose en segundos. Están igual; se dediquen a lo que se dediquen, vivan donde vivan, coman lo que coman, duerman donde duerman sus huesos se están pudriendo, se están volviendo de arena, se derriten como si estuvieran afuera del medio que les es propicio, huesos que equivalen a cera en velas siempre encendidas, acabándose eternamente, tan lentamente que jamás podremos verlos deshechos por completo. ¿O sí?

Uno de ellos me dijo el otro día: "Berta (me llamo Berta) tengo la sensación de que no pongo los pies en el piso, de que más que caminar

voy flotando suavemente, de que cualquier día se romperá el cable invisiblemente que me une a ustedes (a ustedes en general, no quiero decir que a ti o a mis hermanos, sino a las plantas, a las casas, a las personas, a todo lo que conocemos) y me iré flotando, me elevaré expulsado vertiginosamente por nuestra atmósfera...". ¿Quién me lo dijo? Me lo pudo haber dicho cualquiera de ellos; los veo desfilando ante mí como si yo fuera un espejo, y cada uno de ellos repite los mismos actos que el anterior y los mismos que hará el próximo, así que en cualquiera de sus bocas cuadra la misma confesión.

¿Qué hacen cuando se paran ante un espejo? En lugar de arreglarse el cabello, de revisar si traen acomodada la ropa, se ven con asombro; ninguno de ellos se acostumbra a ser lo que es, porque son hermosos, simple y llanamente hermosos; no coinciden el terror y los sobresaltos en que viven con sus rostros limpios, altivos, insólitos. ¿Cómo se imaginan que son? Creen que traen inscrita en la cara la mugre que llevan adentro, imaginan que quien los mire encontrará en ellos eso, una y otra vez eso... ¿Qué sienten al descubrirse limpios de imagen? Dolor porque no coincide con ellos; viven su belleza (no con orgullo o como un bálsamo) como una burla más, viajan incómodos adentro de ellos mismos, como si su cuerpo fuera un transporte enorme que los obligara a dar de tumbos, prisioneros diminutos equivocados en su móvil y desproporcionada cárcel...

Los cité en mi casa. ¿Para qué deseaba decirles la verdad? Con objeto de que fueran todos, no los invité directamente por teléfono (¿ustedes creen que irían a algún lugar de visita? Jamás lo hacen. Son unos salvajes), sino que mandé a cada uno de ellos un papelito sin firma, doblado y manoseado, con un recado que decía:

Tengo que verlos, en casa de
Berta, el martes. Es la fiesta.
Mamá

No di hora, no dije para qué era la fiesta porque ni yo misma sabía el único motivo de ésta. Además, ¿qué verdad podría tratar de echar por sus orejas?

Claro que llegaron, todos puntuales (quiero decir: todos a la misma hora, a la que ellos creyeron la buena para ir a la fiesta), sin atreverse a decirme qué los traía aquí. ¡Cómo podrían ser tan ciegos! En ninguna mirada pasaba la sombra de la sospecha. Se sentaron en la sala, conversaron torpemente sobre dos o tres temas, guardaron mucho rato silencio y parecía que no estaban dispuestos a irse.

¿Qué hice? ¿Qué hubieran hecho ustedes si la jauría de los Ciarrosa, la devoradora estirpe, la raza de vampiros inapetentes, de ratas destructoras sin raíces se sentara en su sala dispuesta a esperar a su mamá, a aquello que tal vez nunca existió y si lo hizo desapareció hace mucho?... De ser por ellos, no se moverían nunca de ahí; absortos con la promesa de verla se quedarían hasta quemarse las alas como las palomillas que vuelan alrededor de la luz esperando la muerte...

Ahí los tenía: unos hombresotes y unas mujersotas vestidos todos como por error, sin ningún gusto en la ropa que llevaban puesta y de miradas inmensamente tristes.

¿Para qué los había yo llamado? De pronto, al verme entre ellos, me asaltó la duda: ¿yo los había llamado o habían decidido citarse en el centro de mi casa? ¿Cómo puedo dudar, si con mi propio puño había escrito los recados? Porque con ellos no hay límite, créanme, con ellos no hay cómo detenerse, su enfermedad no tiene fin. ¿Qué hacer con ellos?

No hablaban de nada. No comían los bocadillos que yo había dispuesto. Opté por pedir disculpas:

—Fui yo quien mandé el papel, perdónenme...

¿Para qué? No les dije para qué. Se me quedaron viendo. En más de uno brillaban sus lá-

grimas lentas, gordas como las risas que ellos nunca tendrán. Después de un rato, todos empezaron a hablar:

—Vámonos.

—Nos está mintiendo.

¡Vaya! ¿Cómo que mintiendo?

—¿Y si es verdad el recado?

—Puede que sí venga...

¡Qué sí venga! No pude contenerme:

—¡Pero si ella no existe! ¡No sean pendejos!

No sé qué más les dije. Salieron uno tras otro, sin voltear, sin arrastrar los pies, como sombras de sí mismos, sombras que nunca podrán añorar a ser seres con cuerpo, ya no digo con alma como los que no somos uno de ellos.

Sí, mejor desaparece

¡Vaya! Ésos sí que son mugrosos... Nadie puede probarme lo contrario... Mugrosos, ruidosos, estúpidamente locos. ¿Yo?

A mí me gusta tomar el café a solas y durante mucho tiempo, encerrarme en el cuarto, mirar hacia la terraza y no ver nada en mi horizonte, nada más que el cielo (poco cielo, de preferencia un diminuto fragmento de cielo, y gris) y dejar de escuchar ese maldito alboroto que cruza para hacerse siempre presente, presente, presente, del mismo modo en que libran las moscas los obstáculos para llegar siempre a la luz.

Me gusta también caminar por el cuarto como si fuera imposible contar los pasos necesarios para atravesarlo, como si el cuarto tuviera el ancho mismo del mundo y éste me cupiera en la palma de la mano. Los detesto.

Nunca los he visto. Nunca, no sé cómo son pero sé cómo son cada uno de sus rasgos. He aprendido a contarlos, sé identificar sus pasos, sé qué estado de ánimo de momento los cobija, y conozco, como si lo hubiera tenido en carne propia, conozco a la perfección todo el asqueroso odio que sienten por mí. Asqueroso como ellos.

No, no se bañan. Ah, pero si se bañaran no cambiarían. Frente a la dureza de sus pieles, el agua no podría disolver los jabones, resbalaría como jamás puede resbalar la arena sobre el agua. ¡Qué necios! Tal vez tengan, cuando se les ve de lejos, lo que la gente llama comúnmente "buen ver", pero la proximidad que nos une me hace sentir que el buen ver y ellos no pueden ir juntos: los cabellos se les apelmazan en sus torpes cabezas, los calcetines se les pegan, como cáscaras de papa, a los pies...

. . . .

Ellos estaban desde que llegué aquí. Puedo decir que tardé en identificarlos, que al principio no supe lo que eran, que si yo permanecía encerrada en mi cuarto no era para no verlos sino porque así me gusta a mí, y que si llegué aquí definitivamente no fue para estar cerca de ellos, pero no puedo negar cuánto nos une y decir qué nos une desde el primer momento. La puerta que me abrió la ceremonia en la iglesia dio inmediatamente con sus narices.

Debí estar muy enamorada de ese señor cuando me casé con él. Tengo poco tiempo para pensar si es así o si fue así, pero en último caso me importa un bledo.

. . . .

Él viene todos los días. Llega en las noches. Se alimenta de mí, no como en las historias de vampiros inverosímiles, estúpidas y con olor a celuloide, literalmente se alimenta de mí sin conseguir saciar su voracidad. A medio día

acude a los restoranes y se llena la boca con palabras ridículas de negociante disfrazado de hombre educado y con los malos guisos de co-

cineras a sueldo.

Es muy poco lo que pienso en él. Si al recuerdo de nosotros dos en aquel pasado que la gente veía como feliz no le guardo espacio, mucho menos al aburrido presente (o que a todas luces así parece ser) en el que estamos los dos envueltos. Ahora hablo de él porque creo que es imprescindible mencionarlo para hacer un retrato más o menos aceptable, como pretendo.

. . . .

(Dije que se alimenta de mí porque cuando me levanto después de haber dormido junto a él, me duele el cuerpo como si alguien le hubiera extraído algo. El dolor es así. Duele lo que te quitan. En lo que te dejan no duele nada.

Con ellos, en cambio, no siento ningún dolor. ¿Será por ello que no pienso en salir a pisotearlos aunque me desesperen? ¿O no los he pisoteado porque nunca los he visto? ¿O ya los pisotié?)

. . . .

Chop, chop, chop, hacen. Los oigo hacer chop, chop, chop. Quieren decir así cosas terribles. Maldicen todas las hojitas de todos los inocentes árboles del mundo. Bueno, ¿qué les enoja tanto? ¡Válgame Dios! Me asombra siempre su capacidad inagotable de detestarlo todo.

. . . .

Algunos de ellos creen que ya se fueron, se imaginan que ya no están aquí. ¡Ilusiones! Vamos, yo soy la única que estoy donde no debiera estar y sé que no puedo irme, ¿de qué manera podrían ellos huir? ¡No tienen a dónde! ¡Y con lo horrendo que son!

Ni uno se ha ido, estoy segura, porque el ruido, el ruido que emiten con sólo respirar es un ruido feroz. Cuando desayuno mirando la

pared desnuda los siento como las hormigas sienten el azúcar, y no están junto a mí, una pared nos divide, nos separa. Tengo siquiera el gusto de estar aislada de ellos.

. . . .

¿Qué habrán hecho con las magníficas cortinas que vi al entrar? Unos cortinones rojos, pesados, tan serios que seguro se alimentan de polvo. Algunos de ellos, o alguna de ellos, ya lo ha de haber arrancado para adornarse y pasear por el pasillo. Y creen que yo soy la culpable. ¡Sus patas les huelen a queso!

. . . .

Los podría envenenar, pero dónde se compran los venenos... No sé guisar... No tengo astucia... y en último caso ellos son los que me detestan a mí, no yo a ellos... Ja, me detestan... ¿Qué, no tienen nada más en qué pensar? En mi caso no se comprende que hable de ellos. Me preocupan. Pero ellos que son niños, simple y llanamente niños, bien podrían mirar para otro lado.

. . . .

Sueñan con sueños de bebé que la noche de su infancia terminó, que la nube de su diminuto tamaño de niños se evaporó con un sol enorme y que, ya que así ocurrió, se les permitirá abrir las puertas de su casa y salir a la calle.

¡Ay! ¡Cuánto quisieran ser los dueños! ¡Cuánto fantasean con que ya lo son, con que los lugares que habitan han sido convertidos en otros!

. . . .

Nuestros sueños son diametralmente opuestos. Yo no quiero nada más que lo que tengo, y si a ello se le pudiera añadir un poco de paz dejando de oírlos, querría que ellos vivieran lejos o no

vivieran nada. Como no es así, debiera permitirles que entraran aquí para arreglarme las uñas, para acomodarme el cabello, para cambiar la jarra vacía del café por una llena...

Los chamacos... Quisieran estar lejos de aquí, corriendo en el campo, respirando aire puro y siendo "personas grandes", aburridísimos adultos... Pero si ellos corrieran por el campo, lo que harían sería destrozar alfalfa tierna con sus zapatos, y si respiraran aire puro lo expirarían vuelto humo pegajoso, similar al que expiden los plásticos cuando se queman, y, si fueran personas grandes, el tamaño de sus cuerpotes no alteraría que necesitaran dar a alguien la mano para cruzar la calle... ¡Ellos nunca cruzarán la calle solos! Nunca sabrán hacerlo.

. . . .

Hay en la recámara, desde que llegué, un baúl lleno de notas y de revistas viejas. Todas las mañanas pienso que debo tirarlo. Pesa mucho y sé que para deshacerme de él tendría que vaciarlo, pero los papeles han de estar sucios, llenos de polvo, se arruinarían mis manos si los tocara; así me siguen viendo, me siguen viendo sin decir nada: a fin de cuentas son mudos. Sé que lo son como es mudo todo en esta casa; los ruidos no son palabras, los golpes no saben decir nada.

. . . .

No son los chamacos los que llegan a servirme, a hacer el aseo del cuarto, a traer el café espléndido y caliente, las piezas de pan dulce, la fruta en unidades gloriosas, y a llevarse los platos sucios, y a traerme bebida y a preguntar "señora, ¿qué más se le ofrece?" Nunca me han hablado de ellos. Una incluso se atrevió a recomendarme que salga del cuarto y dé paseos por el jardín, argumentando que sería "conveniente para su salud" (la mía, se entiende). Yo le respondí con una mentira para no defraudarla, le dije que el sol era dañino para la piel, y que además yo va-

luaba mi palidez como el mayor de los tesoros y que por ello la trataba con todos mis cuidados.

. . . .

A veces me olvido de ellos y drásticamente toman medidas en mi contra. "¿Qué, ya no quieres oírnos?" parecen decirme. "Pues ¡ten! ¡ten!". Avientan sus cuerpecitos vigorosos contra las paredes de mi cuarto.

Soy un adulto. Me siento muy mal de que lo hagan. No que me duela *como si me lo hicieran a mí*, pero me parece demasiado insensato.

¡Se lastimarán las orejas! ¡Se arruinarán sus naricitas!

Pero yo les hablo, tengo suficiente con oírlos de la mañana a la noche. ¿Será porque no converso con ellos, a gritos y a través de las paredes, que me odian tanto?

. . . .

Ahora los oigo arrastrando algo por el piso de madera. Sé que al llevarlo levantan un fino polvillo de las duelas, que rayan las paredes trazando con esa absurda caligrafía más frases inconexas. Han vuelto esta casa la libreta para anotar su historia irrespirable.

A mi cuarto no entran. No puedo detener sus ruidos, llegan como el espejo donde se reflejan sus ojos y sus actos y puede que sea yo quien los invite a entrar.

A mi cuarto no entran, pero alrededor de él han creado una valla espesa con su loca e indomable locura.

. . . .

¡Cálmense, muchachos! ¡Serénense! No se gana nada sin tranquilidad. Van perdiendo toda posibilidad de acercarse a las puertas o ventanas, de procurarse paseos por ríos que desemboquen, de decirse entre ustedes palabras con un principio y un fin. Lo único que ganan es más y más y más desenfreno. ¡Cálmense!

. . . .

¿Hasta cuándo podrán detener las paredes el torrente? ¿A quién consultarlo?

Los ingenieros saben calcular la resistencia física, pero aquellos que terminarán por derrumbar los muros no tienen la facultad de poder ser subidos a una báscula o ser detenidos para tomarles la medida de su altura. Van, vienen, saltan... Cuando están tirados en el piso imaginando, su cuerpo se contrae o explota. Desaparecen cuando alguien quiere tocarlos. Cambian de la noche a la mañana como los capullos cambian y las flores se mueren.

. . . .

¿Cuántos son? ¿Cuántos? ¿Se llaman por sus nombres? Creo que, sembrando confusión, inventan términos falsos para gritarse. Ellos saben que deben confundir, que como ramas cargadas de hojas deben interponerse entre la luz y la noche natural de la superficie de la tierra, la noche continua, la noche adusta...

Dicen también que para que la luz sea luz debe tocar la atmósfera, que, si no, sigue su carrera loca sin atreverse jamás a brillar. Ellos no quieren este contacto, quieren que la natural oscuridad de la luz permanezca, que nada se toque porque al tocarse revienta o escapa el gozo de la luz y cambia el signo opaco que ellos defienden por un signo amable, ardoroso, vivo.

. . . .

Son los defensores de las sombras pero si las sombras intentaran aliarse con ellos, también se volverían enemigos de ellas. ¿Por qué? No pueden soportar pacto alguno.

Entre ellos, ¿se tocan? He pasado horas escuchándolos, tratando de descifrar si se tocan o no se tocan. Mi pregunta comienza por ¿se ven entre sí? ¿Sabe cada uno de ellos que como él hay muchos otros, que aquello con lo que tropiezan es alguien idéntico en el fondo...?

Imagino que al topar, al tropezar, al chocar con otro piensan "topé", "tropecé" o "choqué", pero que nunca piensan "topé *con otro*", "tro-
118 pecé *con otro*", "choqué *con otro*"...

. . . .

Temo que los estoy cansando con el ir y venir en el piso de mi cuarto. No tengo historia alguna para contarles. Vamos a ver: soy mujer, vivo encerrada en este cuarto (sin televisor) por mi propio gusto, porque me da la gana. Soy casada. No me dedico a nada en especial. Me gusta tomar el café. Alrededor del cuarto viven una multitud de chamacos que quién sabe de dónde salieron. ¿Alguno será hijo mío? Sería lo lógico: mujer y casada, ¿por qué no iba a tener yo hijos?

Para completar el cuadro diré que no la paso mal. Ellos sí, sufren. ¡Ah!, ¡cómo sufren!

. . . .

¡Ahí están de nuevo atacando inconscientes! Ninguno de ellos para de emitir sonidos con la boca.

Me asomo por la ventana del cuarto. 119
Trato de contar en voz alta para dejar de oírlos, pero *también* quiero oírlos. No comprendo qué hacen en esta ocasión. Los he oído llevando cosas, comiendo, peleando, odiando, siendo crueles, ensuciándose más, pero no entiendo qué hacen hoy.

¿A dónde van? ¿Por qué suenan tan vigorosos? ¡Ay!, son insaciables.

. . . .

Tengo pesadillas. Pienso: los conozco tanto que pude haber sido una de ellos. Argumento que no recuerdo a mi madre ni a mi padre. De nuevo argumento para dejar de soñar tan desagradablemente que no puede ser así porque yo (lo digo con todas sus letras para que actúe como un ensalmo y me cure), yo, yo soy una

mujer casada, y si alguien me observara no encontrará en mí un solo rasgo inquietante.

Vaya, no es tan difícil dejar de soñar lo que uno no puede soñar (repito *mujer casada*, *mujer casada*).

. . . .

Es cierto. Cuando él llega, en la noche, en el silencio que envuelve a la casa, todo es *normal*. Ya no se oyen ellos y todo *dormido* parece estar en orden.

Sé sonreír entonces porque me gusta la farsa. Me hace gracia. Tengo un sentido del humor bastante peculiar.

. . . .

Anoté, hace algunos días, *crueles*. Sobrentiendo la frase "son crueles". Lo adivino en la risa que ahora repiten, porque sé que se ríen y se persiguen a un tiempo. ¿No será que yo quiero estar donde están ellos? ¿Que quiero estar en sus juegos, y por no estar con ellos los considero *crueles*?

No. No tajante.

Ahora, ¿qué avientan? ¿Qué rompen? ¿Qué eliminan? Y, sobre todo, ¿de qué se ríen tanto, tanto, tanto?

. . . .

Cuando el señor llega, el silencio tiene un aire de pausa que él no adivina porque no voltea a ver a su alrededor. Llega a dormir como el náufrago llega a salvarse a una isla y sabe que en ella no hay salvación sino aislamiento, y aunque al cerrar los ojos, en la cama, se cuelga a mi cuerpo como un niño, me toca apenas, como se toca la imagen fugaz de una inexplicable fantasía.

. . . .

¡No se aburran! ¡No se duerman! ¡No quiero llenarlos de sopetón con todo lo que siento! ¡No dejen de oírme! Créanme, les voy a contar algo terrible para que no abandonen el lento pasear de esta historia: por ejemplo, tengo pá-

nico cuando las ramas del árbol pegan en la ventana. ¿Por qué? Porque suenan a que están haciendo algo terrible, a que con sus pasos por la casa me anuncian que cargan para arriba y para abajo algún cadáver. ¿Mueren? No hablo de las ramas, se entiende, hablo de los que hacen ruido mañana y tarde; y de noche, para engañar al hombre, al señor, sólo para hacerlo, guardan silencio.

Son como un sepulcro habitado y abierto, como un cuerpo pudriéndose y sonando a que se está pudriendo. ¿Mueren? No sé.

¿Pasean muertos por la casa? No sé. ¿Qué cargan? No se cansan de odiar, de odiar, de odiar. Y no piensan en qué hacer con su aburridísimo odio.

Les tengo miedo, pero tenérselo no me impide que al tomar el café por las mañanas *tenga* yo placer.

. . . .

¿A qué horas río? Río cuando logro cortar el sueño interminable y saco las manos y la cabeza de las sábanas, entonces me río: "¡se acabó!", pienso del sueño, y lo veo de nuevo acercarse a mí, inevitablemente como el mar, y por más que pienso que llevo demasiadas horas dormida, no puedo vencerlo, y sube, y sube, y sube... Inunda la cama y me jala de las patas otra y otra vez, me hunde, me vuelvo a quedar dormida. Cuando saco las manos y la cabeza de las sábanas, nuevamente me río: "¡se acabó!". Todas las mañanas río muchas veces, cada vez que creo que voy a despertar.

. . . .

Hablé de sus cabellos apelmazados a sus cabezotas de niños, de sus orejas mugrosas y de sus asquerosos calcetines, adheridos a sus pies como cáscara a las papas. Lo vuelvo a decir para que crean en mí: no fue un discurso retórico, es verdad.

Ellos dicen que yo debiera evitarlo. Me sueñan hablándoles dulcemente, hincada frente a ellos, lavándolos, cambiándoles la ropa, cepillando pacientemente sus cabellos. Nunca lo haré.

. . . .

—A la una... a las dos... ¡a las tres!

Cuentan.

¿Qué harán ahora? ¿Para qué contaron?

Cuando abrí la azucarera en la mañana, pensé que saldrían, que brotarían del azúcar como podrían brotar un mundo de hormigas si ahí estuvieran.

. . . .

Los niños no son inofensivos, estoy segura.

Les tengo miedo. Me da miedo decirlo. Ahora bien, ¿cómo demonios sé que son niños? ¡Nunca los he visto! Siempre lo olvido.

. . . .

¿Cómo me imaginan? ¿En pantuflas, con bata larga y de franela? ¡Buen traje para una guerrera! Como sea, ténganme miedo, ténganme mucho miedo, porque si ellos, detestando, odiando, son como oscuros pájaros susceptibles de ser muertos, yo soy como son los remolinos que arrebatan tierra y semillas a los campos, que quiebran las ventanas y desgajan las puertas... ¿A dónde? Salí como salen los remolinos, y cualquier día podré estar sentada junto a ustedes.

. . . .

Hay días, como hoy, en que pienso que soy una flama devastando, comiendo, devorando lo que sea. Entonces creo que terminaré con él y que terminaré también con los muchachos, que me acabaré la casa y todo lo que ella contiene, que daré fin al odio pegajoso y a todos los fantasmas que él arrastra, incluyéndome.

Pero no sé si pensar que también yo desapareceré en el aire, que podré voltear a verme en el espejo y que ya no estaré más.

Lo pienso a menudo, cuando necesito tranquilizarme asomo mi cara indefensa a la devastadora noria de fuego. Entonces me calmo, me siento serena, pero adentro de mí sigo oyendo la voz que me dice: “mejor desaparece, mejor desaparece”.

No desaparece

Si me hubiera dado cuenta en el camino, no dos pasos antes de la puerta, regresaría a la oficina. Ésta es para el cajón del centro, ésta es la del archivo, la chica y redonda es la de la caja... Sí, me equivoqué... Tenía que pasarme algún día, ¿para qué tengo dos llaveros?, para no llenar de agujeros las bolsas de los pantalones, y además nunca los había confundido. Como dicen, para todo hay una primera vez. También alguna vez tenía que tocar para entrar, tantos años que tengo viviendo aquí y nunca, ni una sola vez, he tocado el timbre, ni siquiera para apresurar a alguno, porque siempre pasa, siempre hay uno que se queda distraído haciéndonos esperar a los demás. Es buena idea, la siguiente vez toco insistentemente el timbre. ¿O debiera ser más enérgico con los niños? Pero cómo ser enérgico y no lastimarlos... No sé ser enérgico.

No había visto que la hiedra se asoma, que ya trepó toda la cara interior del muro y que ahora va a bajar por la de afuera, lo malo es que dicen que destruye los ladrillos, será mejor podarla. Además está a punto de tapar el timbre, y el número de la casa se ve a duras penas. Está como duro, como sin aceitar, habrá que aceitarlo, si se aceitan los timbres, o arreglarlo, si tiene arreglo. Ahora todo lo cambian cuando presenta el menor desperfecto. Por eso opté por tener dos autos —cada vez que me acuerdo me parece mejor idea. El mío sólo me lleva y me trae una vez al día de la oficina a la casa y viceversa, se conserva prácticamente nuevo, y del otro yo no asumo los gastos. Usar un sólo auto me parecería una grosería, o un abuso, de ningún modo trajinaría el de la oficina todos los días hasta acá. Otros sí lo hacen, pero usan para su propio provecho lo que no es de ellos. Yo sé que parece absurdo tener coche únicamente para ir y venir de la oficina, pero ellos, ¿cómo van

a saber que sólo lo uso para eso?, con suerte piensan que soy de los que les gusta pasear, o de los que tienen a quién visitar. Yo no tengo a quién visitar, si mi madre viviera tampoco la visitaría, y cuando salgo con los niños prefiero el metro. No salimos mucho, a Sara no le gusta pasear. A mí tampoco. No en esta ciudad.

Qué barbaridad. Qué grosería... Cuánto se tardan en abrir. No tengo ninguna prisa, pero cómo van a saber que soy yo, ¿qué tal que fuera el hombre de la tintorería o el lechero? (el lechero no ha de venir a estas horas), ¿o un vendedor ambulante? (espantoso el trabajo de vendedor ambulante, para qué opino, no me lo puedo ni imaginar), cualquiera que sea puede llevar prisa o tener más trabajo que hacer, y aunque no sea así, es una pesadez hacer esperar tanto. Qué barbaridad. Debo decirles que se quiten esa mala costumbre, ¿será costumbre o será que no sirve el timbre?, entonces debo decirles que lo manden arreglar cuanto antes. La reja no

es muy alta, puedo saltármela, pero si yo fuera uno de nuestros vecinos y viera a alguien saltándose la reja pensaría que es un ladrón, llamaría a la policía, ¿cómo voy a saltar la reja de mi casa? No quiero trato con la policía, me aterra la policía. Si veo una patrulla cuando voy manejando, disminuyo la velocidad, hasta que se vaya. Y sería ridículo, yo no soy nada ágil, ¡ya me veo brincando la reja!... Puede que hayan dejado el candado abierto... Sí, dejaron el candado abierto, les he dicho que lo cierren, ¿o no les he dicho?, para algo lo pusimos, terminarán por robárnoslo todo, hasta el candado.

Esta puerta casi no suena, no produce sonido. La madera con que las hacen no tienen por qué sonar, antes sí, se tocaba a la puerta para que abrieran... Ya se va a acabar el siglo, ¿desde hace cuánto hay timbres? ¿Será que no hay nadie? ¿O están todos en el cuarto de los chicos? Puede ser que sí, que estén pegados al televisor, aunque lo tengan terminantemente prohibido, y

puede que tengan el volumen muy alto, porque por más que pego no abren... El televisor destroza el oído de los niños, también la vista, de eso ni opinar; no quería comprar televisor, pero pensé: de todas maneras la ciudad destroza la mente de los niños, puede que hasta la vista se lastime en la ciudad, no he leído nada de eso, pero no me parecería extraño que las estadísticas demuestren que el niño del campo ve mejor que el de la ciudad...

¡Ahí están! Tienen todas las lámparas encendidas. ¡Cómo se nota que no son ellos quienes pagan el recibo de la luz! Es culpa de su mamá. Ella, ¿dónde está? No la veo. Cosa de sólo tamborilear la ventana y cualquiera sale a abrirme. No les toco fuerte, pueden asustarse, como ya es de noche... Hoy no es mi día. ¡Cómo no oyen! ¡No puede ser que no oigan! Si golpeo más fuerte, rompo el vidrio (¿están caros los vidrios? Han de ser un buen negocio, siempre se rompen, y el margen de ganancia ha

de ser bastante bueno, si no son nada). ¿Qué hacen los niños? ¿Juegan? No entiendo lo que están haciendo.

—¡Lucía!, ¡Isabel!, ¡Niñas! ¡Ábranme!

¡Cómo hacen para no oírme! No me explico qué pasa...

Puede que sí me oigan desde la otra ventana y desde ésta no, por algún extraño fenómeno de la acústica (no entiendo nada de acústica, a duras penas puedo recordar la palabra, y además no tengo la menor inquietud al respecto).

—¡Rosario! Soy tu papá...

Llora, sentada sola en su cama, como una mártir... Qué pasa en esta casa, ¿qué su mamá no oye que está llorando? Aunque tengo tantos hijos, no me acostumbro a verlos llorar, su mamá sí, pero yo no, entre que me irrita y me desespera. Además, Rosario no llora por cualquier cosa; si mal no recuerdo, hoy es la primera vez que la veo llorar. ¡Pobrecita!

—¡Rosario!, ¡ábreme! ¿Qué te pasa?

Bueno. Empiezo a perder la paciencia. Voy a dar unas patadas en la puerta, y si no me oyen, aviento una piedra y rompo de una vez por todas la ventana... Mejor me calmo. Hoy no ha sido mi día. El estúpido no entendía nada. Tuve que decírselo mil veces... Mejor no me acuerdo ahora de la oficina. Se me han de haber olvidado las llaves por el coraje que hice. No, perder las riendas no conduce a nada bueno, mejor me sereno y pienso qué hacer. No hay por dónde entrar sin que me abran. Siquiera estaba abierta la reja, si no me sentiría tan incómodo, porque los vecinos estarían mirándome y no sé qué pensarían.

Así que esta ventana es más alta. Desde adentro de la casa se ve del mismo alto que las demás, ¿por la perspectiva? (¿Qué es eso de la perspectiva precisamente?).

—¡Alfonso! ¡Ábreme inmediatamente la puerta!

Casi no lo veo. Me queda realmente alta esta ventana. ¡La cocina! Ahí está Inés, guisando. ¡Qué bueno!

—¡Inés!

Vamos a ver... Seguro que es culpa del arquitecto de la casa, algún baboso, debe haber puesto material que no permita entrar ruidos. Está bien, pero me amoló. ¿Realmente es tan silenciosa la casa? No me había fijado... ¿Regreso a la oficina? Es ridículo. Unas patadotas en la puerta y con suerte hasta la abro. Una patada, dos, tres, cuatro... ¡Cómo me he de ver! ¡Parezco un loco!... Me duelen ya los tobillos.

¿Dónde estás, Sara?, no te veo. ¡Qué desorden! Todo está revuelto. No puedo gritar más fuerte, no puedo patear más...

¿No fue aquí por donde empecé a asomarme? No alcanzo la ventana... ¿Cómo? Si me aviento contra la puerta... En el patio encontraré una piedra, aquí no veo ni una... Nada más que como no puedo asomarme (¿por qué no puedo asomarme?, ¿qué pasa?), ¿qué tal que le cae a un niño en la cabeza?

—¡Ábranme!, ¡ábranme!

¿Qué están haciendo? Todos... No lo entiendo. Mejor no me despego de esta ventana, aquí los veo... ¿Qué pasa?

¿Qué pasa?

¡Cómo puede ser!: el dintel de la ventana se me escurre de las manos, trato de detenerlo, pero no puedo... ¿Me asomo por la ventana?, ¿por cuál ventana? El rosal está enorme, no me importa, hoy no me importa... podría intentar meter otra llave en la cerradura y forzarla, pero por más que me estiro, no llego, ni con la punta de la llave alcanzo... si estiro el brazo, con los dedos puedo tamborilear la ventana, tal vez me oigan, pero *ya para qué... ya para qué... primero vi disminuir mi tamaño, como si mi piel, mi carne, mis huesos, mi ropa, mi pelo fueran jalados por un torrente rebelde de agua despeñada, luego la imagen*

que tenía de todos, en segundos, cambió... el que nació moreno dejó de estarlo, el que tenía facciones finas las tuvo gruesas... dejé de recordar cómo había sido antes de que los destrozaran ante mis ojos sin tocarlos... ¿ellos (mis hijos, Sara) lo supieron? ¡Nunca supieron cuánto y hasta qué punto no volví a saber de ellos! ¿Y yo, quién era? ¿Qué hacía?, ¿dónde estaba parado? Mi casa, ¿la había visto alguna vez? No sabía dónde se tocaba para entrar, no sabía en qué cuarto dormía quién, no sabía que el candado invariablemente estaba abierto porque no podía cerrar. En segundos, todos ellos, los que en vida me habían devorado mordida a mordida el corazón, vomitaron al piso la carne que me habían arrancado para darle forma en sus cuerpos... Mis hijos dejaron de ser mis hijos... Mi casa no era más que muros... no recordé el lugar de mi mujer, no pude recordar su nombre ni dónde estuvo en mi corazón, pero tampoco sus rasgos... Me dije sin pensar:

Ya no alcanzo la ventana con los dedos. Ya no puedo tocarla. Desde acá abajo la veo, si me apoyo en la pared ya no la veo... Siento como que me resbalo, algo me hace caer pero no me caigo, veo llegar a mis ojos los pétalos de la petunia, yo debí embarrarla contra el lodo en la loca carrera que emprendí para escapar de esto, la lengua se me encoge, quiero hablar, sólo salen palabras mochas, pienso: me estoy haciendo pequeño, me hago diminuto...

¡Ay! ¡Sería mejor desaparecer que quedarme corriendo atrapado entre las hojas del pasto!...

Mejor desaparece, de Carmen Boullosa, se terminó de editar el 27 de septiembre de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.